

ACERCA DE LA CURADURÍA SECRETA DE *OJOS HERMANOS*

Federico Ruvituso | federicoruvituso@gmail.com

Departamento de Estudios Históricos y Sociales
Facultad de Bellas Artes
Universidad Nacional de La Plata
Argentina

Doloroso y común es rivalizar con un hermano. Este sentimiento ya era típico en el pensamiento antiguo, Hesíodo, por ejemplo, recomendaba tener un solo hijo o llegar a muy viejo para no tener problemas de herencia. Hermanos rivales eran los hijos de Edipo, los hermanos Ayar, fundadores del Cuzco y los numerosos e infames hermanos de La Biblia. Relatos de fratricidios abundan en nuestra memoria cultural, mientras que los hermanos que se abrazan son los menos. Siguiendo esta tradición, Parsifal y Feirefiz, los caballeros hermanos que representan el Occidente y el Oriente en los relatos artúricos, inevitablemente se atacan sin vacilar. Por suerte, su extenuante duelo termina en una tregua y finalmente las viseras se levantan y los contendientes se abrazan y se reconocen hermanos.

En un vitral de la catedral de Chartres, se ilustra el episodio: dos jinetes se embisten simultáneamente cuando sus lanzas, una vez enfrentadas, parecen fundirse en una sola impidiéndoles atacar [Figuras 1].

Con el tiempo, la iconografía de los caballeros hermanos se volvió ambivalente: habla tanto del inevitable enfrentamiento como de la necesaria reconciliación. La singularidad de este relato y su actualidad deberían empezar a preocuparnos.

Sin embargo, y pese a la tradición de fratricidios mencionada, los hermanos argentinos, por suerte, tenemos nuestros propios caballeros hermanos: aquellos cuya cotidiana afrenta dio lugar a la ley primera, versito demasiado célebre para recordarlo aquí.

Esta ley, cien veces convocada y otras cien desatendida, me llama hoy a la complicidad del afecto y al más críptico de los silencios. Visto de este modo, escribir sobre la obra de un hermano parece una tarea

difícil: los riesgos son muy altos y los jueces del intento no son sólo los espectadores casuales, aquellos cuyas viseras son apenas las últimas en levantarse. No. Los primeros jueces son los propios recuerdos, los únicos que podrían sentirse defraudados, incluso, lastimados por una textualidad demasiado explicativa. Esta dificultad, por suerte, sí se puede explicar.

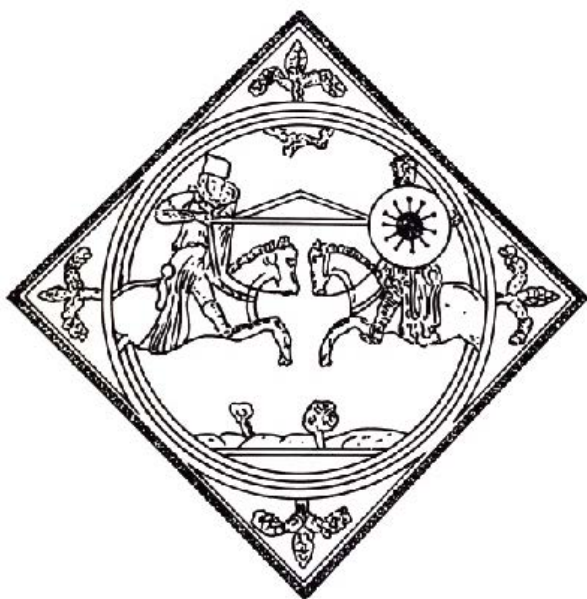


Figura 1. *Feirefiz y Parsifal* (siglo XI). Croquis vitral de Chartres

El caso es que los hermanos pueden conocerse desde el silencio más secreto y desde el recuerdo más pequeño, cuestión que puede sonar para otros tan ajena como insignificante. Un hermano puede habernos contado el mejor de los relatos sin advertirlo, habernos dicho el peor y más necesario de los secretos y entregarnos despreocupadamente en la mano el más improbable de los tesoros: esa figurita difícil para llenar un álbum. Estos recuerdos que se convocan al pensar en un hermano, pueden pasar inadvertidos incluso por éste, que a su vez lleva en la mirada bajo su casco, otros recuerdos no menos importantes que nos incluyen. Por eso y por otras cosas, es una suerte que estas imágenes nos hablen desde el silencio y desde una imperturbable expectación que se repite en todas las miradas que puedan convocar.

Si los textos deben acompañar o interpelar algunas imágenes quizás sea mejor que las letras atiendan a las necesidades de las obras y no, como suele pasar, que suceda lo opuesto. Si esto sucede y el texto quisiese explicitar un camino posible, este debería atender rigurosamente a las imágenes convocadas a través de la más honesta sencillez. La tarea, lamentablemente, es imposible de realizar en este caso, ya que, como dije, soy un hermano de principios. No me es posible explicar aquí las maneras en las que una hermana puede salvarnos la vida o los secretos de una incontestable admiración más que de manera indirecta. Quizás, en ese sentido, las *Cartas a Theo* no deberían haberse publicado nunca [Figura 2].



Figura 2. *Ojos hermanos* (2017). Panorámica de la muestra de Sofía Ruvituso

Por esta razón, he dispuesto en la sala cuatro fragmentos secretos que el espectador deberá descubrir si le interesa escudriñar alguna de las palabras de esta curaduría secreta. De ser el caso, los autores que encuentre citados le hablarán de ciertos aspectos interesantes para pensar las imágenes expuestas, aspectos que el presente texto no podría albergar de forma directa.

Si el espectador considera su propio camino más que suficiente (o si sus padres siguieron el valiosísimo consejo de Hesíodo), debe sentirse libre de preguntarle a estas obras lo que desee: puedo asegurarle que la respuesta será igual o aún más satisfactoria. Finalmente, si su curiosidad infatigable lo obliga a insistir, puedo brindarle una última recomendación: descubra únicamente el fragmento número cuatro (IV) que se titula «Ojos hermanos» y compruebe con los propios si lo expuesto tiene algo de verdad [Figura 3].



Figura 3. Código QR, acceso directo al fragmento IV de la muestra *Ojos hermanos* (2017), de Sofia Ruvituso